

alcuino y los consejeros de carlomagno

gloria mercedes arango

"Un día de invierno del 780-781, el jefe de la escuela y de la biblioteca episcopal de York, un hombre de cerca de cincuenta años, elogiado por su sabiduría y su piedad, llamado Alcuino, se embarcaba para atravesar la Mancha. Se dirigía a Roma donde le enviaba un arzobispo de York recientemente posesionado, Eanbaldo, para recibir en su nombre del Papa el *pallium*, banda de lana bordada en cruz, que era la insignia de sus altas funciones. No era la primera vez que Alcuino iba al continente. Había hecho ya el viaje a Roma en compañía del antiguo arzobispo, su venerado maestro, Aelberto. Otra vez, había remontado el Rhin, visitando de paso sus monasterios y ciudades más renombrados, encontrando a ese joven soberano franco cuyo reino se anunciaba ya tan rico en éxitos, Carlos, el futuro Carlomagno" (1).

* La autora es socióloga de UNAULA y profesora asociada en la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional, Seccional de Medellín.

1. Philippe Wolff *L'éveil intellectuel de l'Europe*, Editions du Seuil, París, 1971, p. 7.

Alcuino y su séquito viajaban lentamente pues las cabalgaduras se atascaban en los pantanos de los deteriorados caminos y el peso de las provisiones (2) acentuaba la lentitud de la marcha. Al caer la tarde, si no alcanzaban el claustro de Lincoln, el de Bedford o el de Londres, debían pedir albergue en una posada de mercaderes; allí comerían de acuerdo al menú que acostumbraban servir a los funcionarios viajeros en las *tractoriae* carolingias: pan, carne de cerdo, pollos, huevos, sal, hierbas, legumbres, pescado y queso, ni una sola especia, pues éstas habían desaparecido de los menús como consecuencia del cierre del Mediterráneo occidental para la navegación cristiana (3). Suponiendo un viaje normal, en diez días

2. Los *Capitula episcoporum* de 845-850 atribuyen a los obispos, con ocasión de sus desplazamientos, 100 panes, carne de cerdo, 50 sextarios de vino, 10 pollos, 50 huevos, 1 cordero, 1 cochinillo, 6 modios de avena para los caballos, 3 carros de heno, miel, aceite, cera. Cf. Henri Pirenne, *Mahoma y Carlomagno*, Alianza Editorial, Madrid, 1978, p. 140.

3. Como las especias y el papiro llegaban en los mismos barcos, debieron desaparecer en la misma

deberían estar en el puerto de Hastings, al extremo sur de Inglaterra, donde se embarcarían para atravesar el borrascoso Canal de la Mancha. Si no había vientos desfavorables, la nave que conducía a Alcuino podía recorrer de 100 a 150 kilómetros por día, pues las mayores velocidades se alcanzaban en los viajes que se realizaban por mar (4). Por la noche, probablemente, estarían descansando en Quentovic, al norte de la Galia; este puerto y Duurstede, constituían los únicos centros comerciales del Imperio Carolingio (5).

Un duro camino esperaba todavía a Alcuino y a su comitiva antes de llegar a Roma: atravesar los Alpes, recorrido que debían hacer todos los anglosajones, como cuenta San Bonifacio en sus cartas, pues la ruta marítima de Marsella a Roma estaba bloqueada porque los musulmanes habían desembarcado en las costas de Provenza y saqueado el país en el 720. Como los viajes por tierra eran lentos, el recorrido medio en un día era de unos 30 ó 40 kilómetros, tanto para un grupo de monjes que viajase de monasterio en monasterio, como para un gran señor que circulase de castillo en castillo o para una caravana de mercaderes (6). Por esta razón, la comitiva que acompañaba a Alcuino, tuvo que hacer numerosos altos en el camino, entre ellos: Saint-Riquier, Amiens, Noyon, Soissons, el arzobispado de Reims y el de Besançon, el claustro de Saint-

época. En las capitulares de Carlomagno no se mencionan ni una sola vez la pimienta, el clavo, el nardo, la canela, los dátiles ni los pistachos; sólo se mencionan la granza, el comino y las almendras, plantas que se podían cultivar en las *villae*. Cf. Ibid.

4. Cf. Mac Bloch, *La Sociedad Feudal. La Formación de los Vínculos de Dependencia*, Ed. UTEHA México, 1958, p. 73.

5. En el puerto de Quentovic se han encontrado monedas de la época merovingia, así mismo en Duurstede. ¿Por qué iban a desaparecer estos puertos en la época carolingia? No había razón, pues el mar seguía siendo libre en la costa del Norte y los paños flamencos continuaban alimentando el comercio; por otra parte, Carlos había pacificado y anexado a Frisia y por último, la corte de Carlomagno estaba en el norte, en Aquisgrán. Por su estratégica ubicación en las desembocaduras del Canche y del Rhin, estos puertos fueron blanco de las invasiones normandas entre el 834 y el 850. Cf. Henri Pirenne Op. Cit., pp. 190-194.

6. Un correo o una escuadra militar podían recorrer hasta 70 Kilómetros diarios. Estos trayectos se hacían a caballo, en mulo o en un carruaje. Cf. Marc Bloch, Op. Cit., pp. 73-74.

Moritz, Aosta, Vercelli y muchos otros (7); este recorrido duró aproximadamente un mes.

Cuando finalmente Alcuino llegó a Roma, participó, con los obispos romanos, en discusiones sobre problemas como la evangelización y también tomó parte en las ceremonias religiosas de la Pascua. A su regreso, a mediados de marzo del 781, se cruzó en Parma con Carlomagno, quien le pidió ayuda para instruir y reformar su corte y el clero de sus Estados. Alcuino aceptó. Su decisión sería fundamental para el renacimiento carolingio (8).

Alcuino procedía de una noble familia de Northumbria. Su formación se había consolidado al lado de su maestro Aelberto quien lo había introducido en la filosofía agustiniana, que como relata Beda el Venerable (627-735) en su *Historia Eclesiástica Gentes Anglorum*, encontró fuertes resistencias entre los monjes irlandeses, especialmente las tesis sobre la gracia.

En un bello poema Alcuino describe las enseñanzas de su maestro y la biblioteca de que disponía en la escuela de York, con obras de Cicerón, Virgilio, Lucano, Estacio, Ovidio, Plinio, Boecio y otros escritores latinos, modelos para el arte de escribir en prosa. Ni en los últimos años de su vida, pasados en la abadía de Saint-Martin de Tours, olvidaría Alcuino su maestro, sus amigos y la biblioteca de York; en una carta escrita a Carlomagno desde aquella abadía, Alcuino comentaba lo siguiente: "Desgraciadamente estoy ahora desprovisto de muchos de los libros que tenía a mi disposición en mi país natal y que se encontraban allí reunidos por los cuidados de mi maestro Aelberto y por los míos. Le ruego a vuestra Señoría, que vuestro constante amor a la sabiduría os inspire para enviar algunos de mis alumnos a la Gran Bretaña, de donde ellos traerán a Francia todas esas flores británicas. De este modo, el jardín del Edén no estará solamente en York como un jardín formado (*hortus conclusus*), sino que se verá brotar en esta Touraine de Francia como un retoño del árbol del paraíso. Que el viento del este sople entonces sobre los jar-

7. Otros lugares que también podían servir de escala en esta ruta a Roma, eran: Langres, Lausanne, Mailand, Parma, Bolonia, Florencia, Siena, Perugia, Viterbo y Farfa.

8. Cf. Philippe Wolff, Op. Cit., pp. 7-8.

dines del Loira y todos estarán llenos de su perfume" (9).

La síntesis cultural condensada en la escuela de York, en su tradición agustiniana, había llegado con los monjes enviados por Gregorio Magno en el 596 a Irlanda y la herencia grecoromana en el siglo VII, con San Teodoro de Tarso y su compañero Adriano. Como anota Henri Pirenne: "Entre esos germanos puros que eran los Anglosajones, la cultura latina se introdujo de golpe, al mismo tiempo que la religión, y se benefició del entusiasmo sentido por ésta. A partir de la conversión, que se hizo bajo la influencia y la dirección de Roma, los anglosajones tienen los ojos clavados en la ciudad santa. Acuden a ella sin cesar y regresan con reliquias y manuscritos" (10). El latín era para ellos una lengua sagrada y por esto gozaba de un prestigio incomparable. Entre los monjes y clérigos ingleses aparece por primera vez el latín como lengua culta, independiente de la lengua nacional, prueba de ello fue el surgimiento en el siglo VII de un poeta como Adelmo y de un filósofo como Beda el Venerable. El latín llevado a Britania no fue la lengua incorrecta de los negocios y la administración merovingias sino la lengua que se conservaba en las escuelas mediterráneas: Teodoro era de Tarso y había estudiado en Atenas antes de ir a Roma; Adriano dominaba el griego y el latín, era originario del norte del Africa y antes de ir a Britania fue abad de un monasterio cercano a Nápoles (11). Este latín clásico, relativamente puro, fue el que Alcuino introdujo en la corte carolingia, con la colaboración de los maestros italianos, prueba de ello son los documentos jurídicos, las capitulares, los preceptos y los despachos reales: "A los ojos del historiador, una de las consecuencias principales de esta reestructuración política fue la restauración del uso de la escritura en la administración. Consciente de ser el heredero de los césares, Carlomagno quiso, en este terreno, renovar también la tradición romana; ordenó redactar sus propias decisiones, establecer la descripción cuidadosa de sus dominios y de los de su iglesia, de los que se consideraba responsable. Estas prescripciones muy imperfectamente

aplicadas, lo fueron solamente en los viejos países francos entre el Loira y el Rhin, y en Baviera y Lombardía" (12). Como resultado de esta renovación, se impuso la necesidad de constituir una unidad gráfica del imperio, que dio origen a una nueva escritura: la minúscula carolina; no olvidemos que a la caída del imperio romano se había destruido la unidad de la escritura. La restauración carolingia de la tradición escrituraria del bajo imperio no fue servil: "consumaron la evolución de la escritura romana, llevándola casi hasta su punto de perfección, ya que la carolina ha llegado a ser la escritura latina por excelencia y parece imposible aportar a ella cambios esenciales. Ahora bien, esto no es resultado de coyunturas históricas fortuitas, es que realmente la carolina se conforma mejor aun que la semiuncial a los criterios de legibilidad que han deducido los especialistas modernos" (13). La minúscula carolina, se impuso en los monasterios del imperio carolingio, acompañando la reforma de la liturgia, la música y los estudios; los normandos la llevaron a Inglaterra y más tarde los cluniacenses la llevaron a España; pero su rival, la Beneventina, le resistió con éxito en Italia. Como consecuencia del conservadurismo inherente a las cancellerías, los diplomas de Carlomagno siguieron escribiéndose en letra merovingia, sólo la presión de los clérigos la impuso en la cancellería imperial en la época de Luis el Piadoso (14).

* * *

En la escuela de York, Alcuino será primero el asistente de Aelberto y posteriormente lo reemplazará en su cargo de maestro; allí expondrá a sus alumnos irlandeses, anglosajones y frisonos sus tesis sobre las artes liberales: gramática, retórica, dialéctica (el trivium) y aritmética, geometría, astronomía y música (el quadrivium). Más tarde, en una carta a Carlomagno, ensalzará no sólo la finura de las matemáticas y el placer del conocimiento de las cosas celestes, si-

12. Georges Duby, *Guerriers et Paysans, VII-XII siècle, premier essor de l'économie européenne*, Gallimard, París, 1973, p. 91.

13. Robert Marichal *La Escritura Latina (y la Civilización Occidental del siglo I al siglo XVI)* en *La Escritura y la psicología de los pueblos*, Centro Internacional de Síntesis, dirección de Marcel Cohen y J. Saint Garnot, Ed. Siglo XXI, México, 1971 p. 230.

14. Cf. Ibid.

9. Etienne Gilson, *La Philosophie au Moyen Age*, Ed. Payot, París, 1962, pp. 192-193.

10. Henri Pirenne, Op. Cit., p. 223.

11. Ibid., pp. 223-224.

no también su utilidad para la interpretación de las escrituras; santifica esas artes, mostrando su relación con la creación divina: "Los filósofos no han creado, sino solamente han descubierto esas artes; es Dios quien las ha creado en las cosas naturales (*in naturis*); y los hombres más sabios las han encontrado en ellas" (15). Alcuino, siguiendo a San Agustín, explicará la necesidad de los razonamientos dialécticos y cómo la Santa Trinidad sólo puede explicarse por la sutileza de las categorías. Como continuador de la tradición antigua de Cicerón, compone un tratado, *De las Virtudes y de los vicios* donde la fe, la caridad y la esperanza aparecen como las virtudes propiamente cristianas y la prudencia, la justicia, el valor y la templanza como las cuatro virtudes que se oponen al "ejército de la impiedad diabólica" (16). Refiriéndose a su experiencia como maestro en la escuela de York, Alcuino diría que fue "una de las más grandes alegrías ver florecer a sus hijos en la pureza de su vida y su amor al progreso" (17).

Cuando se produjo el encuentro de Alcuino y Carlomagno en Parma, era inmenso el prestigio intelectual y moral del monje inglés, aunque en la jerarquía eclesiástica sólo había alcanzado el diaconado y además era abad en un pequeño monasterio cercano a Humber. Para colaborar a Carlomagno en su obra educativa abandonó su pequeño monasterio y la escuela de York. ¡Con cuánta pasión se entregó Alcuino al proyecto pedagógico de su soberano!, aunque finalmente sólo beneficiaría una élite de la nobleza y de la iglesia. No estaba solo en esta empresa, la compartía con los maestros italianos, hombres talentosos pero demasiado parecidos a los *visiting professors* que se dejan seducir por las ventajas que les ofrecen, pero que se sienten molestos por el desarreglo de sus costumbres. Los maestros italianos desempeñaron su papel pero no fueron verdaderos colaboradores (18). Teodulfo y Agobardo eran refugiados españoles que habían huído de la invasión musulmana y estaban por lo tanto más impulsados por la necesidad, aunque su superioridad cultural les permitiría ocupar un

destacado puesto en el renacimiento carolingio. Alcuino aparecía pues como la figura central del círculo que rodeaba a Carlomagno.

Alcuino no sólo fue el animador de la vida cultural del palacio; en la escuela palatina tuvo como discípulo a Eginardo, joven genial, apodado Beseleel, como el orfebre bíblico, por los refinados trabajos artísticos que realizaba; fue también poeta y literato y escribió la vida de Carlomagno tomando el modelo de *Los doce césares* de Suetonio. La descripción física de Carlomagno sigue literalmente al romano: Carlomagno tiene ojos grandes como Tiberio, nariz un poco larga como Augusto, el cuello grueso y el vientre un poco prominente a la manera de Nerón; en una palabra, nunca sabremos cómo era Carlomagno. Como en Suetonio se indica siempre la mayor o menor facilidad de los emperadores romanos para expresarse en griego, la lengua culta del mundo romano, Eginardo se ve obligado a afirmar que Carlomagno "sabía comprender el griego mejor que hablarlo" y como es obvio, su modelo lo obliga a exagerar los conocimientos del latín del emperador, lo sabía tan bien, dice Eginardo, que se expresaba indiferentemente en esta lengua o en su lengua materna. Sin embargo, Eginardo desconcierta por su realismo en la descripción de los esfuerzos de Carlomagno para aprender a escribir: "trató también de escribir y tenía el hábito de colocar bajo los cojines de su lecho tabletas y hojas de pergamino, a fin de aprovechar los instantes de descanso para ejercitarse en trazar letras, pero aprendió demasiado tarde y el resultado fue mediocre" (19). Georges Lefebvre anota cómo en la época merovingia el modelo historiográfico fue monástico: *La Historia de los Francos* de Gregorio de Tours fue una historia vista desde la perspectiva del monasterio de San Martín de Tours. Con el renacimiento carolingio aparece un nuevo modelo, el imperial, visto desde la perspectiva del palacio. Con la disolución del Imperio se pasa al modelo dinástico como el caso de los Capetos, cuya historia se asocia a un monasterio, primero Fleury-Saint-Benoit-sur-Loire y luego Saint-Denis (20).

* * *

15. Emile Bréhier, *La filosofía en la Edad Media*, Ed. UTEHA, México, 1959, p. 33.

16. Ibid., p. 34.

17. Philippe Wolff, Op. Cit., p. 32.

18. Cf. Etienne Gilson, Op. Cit., p. 18.

19. Cf. Philippe Wolff, Op. Cit. p. 25.

20. Cf. Georges Lefebvre, *El Nacimiento de la Historiografía Moderna*. Ed. Martínez Roca, Barcelona 1974, p. 43.

Poco después de que Carlomagno ciñera la corona de hierro de los lombardos en el 774, se encuentra con Pedro de Pisa, su primer maestro. Regular poeta pero excelente gramático, redacta un texto elemental para su alumno. Dos o tres años más tarde encontramos entre los consejeros de Carlomagno a Paulino, originario de Frioul, poeta y gramático también, pero fundamentalmente, teólogo. Quizás el aporte intelectual más importante lo hizo Paul Warnefrid, conocido como Pablo Diacono; perteneciente a la corte de Pavía, prefirió retirarse al monasterio de Monte Casino en el 779 y de allí tuvo que marchar a Francia para solicitar a Carlomagno la liberación de su hermano, preso por una revuelta en el Frioul; conseguido su objetivo, debió quedarse como asesor del monarca en pago por el favor recibido. A pesar de su corta estada en la corte de Carlomagno —cinco años—, su influencia fue grande: restauró la tradición de la poesía latina; compuso una **Historia de los Lombardos** y una **Historia Romana** que familiarizó a la corte con los soberanos de la antigüedad, tan importantes en la restauración imperial del 800; elaboró una **Historia de los Obispos de Metz**, modelo en este género para los siglos siguientes⁽²¹⁾.

Como consecuencia de la conquista árabe, España quedó separada de Europa, lo cual produjo una primera ola de emigración que llevó a Italia y a la Francia Meridional bellos manuscritos iluminados y reliquias veneradas.

Después de la intervención de Carlomagno en España en el 782, se desata una ola de represión contra los cristianos, produciéndose una segunda ola de emigración. El más brillante de éstos españoles emigrados, fue Teodulfo. Poeta formado en los textos antiguos, agudo e irónico observador de las costumbres, así como de los paisajes y los objetos antiguos; a él se deben las partes más antiguas de la iglesia de Germigny, cerca de Saint-Benoît-sur-Loire. Como poeta fue superior a muchos de sus contemporáneos, incluido Alcuino. En el poema titulado **De Libris quos legere solebam**, Teodulfo cita a Virgilio, Ovidio, Horacio, Lucano y Cicerón como sus autores favoritos; era capaz de emplear tantos versos como Ovidio para describir un vaso decorado con los trabajos de Hércules; sus **Versos para ser cantados por los niños el domingo de Ramos**, se cantaron en Francia hasta la víspera de la revo-

lución. Agobardo, también emigrante español, fue otra de las lumbreras de la iglesia carolingia, pero sus obras pertenecen más a la historia de la Teología, de la liturgia y también del folclor, pues para atacar las supersticiones populares las describió detalladamente⁽²²⁾.

También hubo españoles que desempeñaron su papel en el renacimiento carolingio, pero en un sentido negativo, por ejemplo Félix obispo de Urgel, quien suscitó fuertes debates teológicos por defender las ideas profesadas en Toledo sobre la "adopción" de Cristo por Dios Padre. Fue precisamente este debate el que hizo regresar a Alcuino de Inglaterra en el 793; Carlomagno lo llamó para que dirigiera la lucha contra la herejía adopcionista que amenazaba con invadir el sur de la Galia. Alcuino respondió plenamente a la confianza del rey y su figura dominó el sínodo eclesiástico de Francfort. Utilizó con ardor su autoridad para recordar a los prelados sus deberes y exhortarlos a la paz, así como para osar criticar a Carlomagno los bautizos en masa impuestos a los sajones: "no puede ser admitido que el cuerpo reciba el sacramento del bautismo si antes el alma no ha acogido la verdad de la fe"⁽²³⁾. Aunque Alcuino no era obispo, su autoridad le permitía actuar como si tuviera esta condición, sintiéndose en la obligación de presentar ante los ojos de los reyes y príncipes un espejo: "Como uno de esos espejos en metal pulido, que se empleaban en esa época, que reflejaban muy mal los rostros, pero que sin embargo, mostraban sus defectos y ayudaban de esta manera a corregirlos. El discurso episcopal cuando se dirige a los príncipes de la tierra tiene ciertamente este propósito: recordarles sus derechos, sus deberes y lo que está mal en el mundo. Incitarles a actuar, a restablecer el orden. Orden cuyo modelo ha descubierto el obispo en el cielo. Discurso político, el discurso de los obispos invita a reformar las relaciones sociales. Es un proyecto de sociedad. En la tradición carolingia, el episcopado es el productor natural de Ideología"⁽²⁴⁾.

Los monjes irlandeses también participaron en el movimiento intelectual carolingio: el gramático Clemente el Escoto; Dungal, monje de Saint-De-

nis, quien le explica a Carlomagno los eclipses observados en el 810; Decuil, quien dejó un tratado de cómputo y un curioso resumen de geografía. Después de la muerte de Alcuino, el papel de este grupo de irlandeses, fue mucho más importante⁽²⁵⁾.

* * *

Por las cartas de Alcuino y los poemas de Teodulfo nos podemos formar una idea de cómo se desarrollaban esas charlas informales entre Carlomagno y sus más allegados consejeros en la Academia Palatina. Se olvidaban de las preocupaciones del poder y se entregaban a eruditas conversaciones. Se ponían sobrenombres sacados de las Escrituras o de los autores antiguos: Carlomagno se llamaba el rey David; Alcuino se apodaba Flacus y Angilberto, Homero; los personajes virgilianos Thyrsis y Menalque, eran encarnados por el camarero Mangfred y por el senescal Audulfo. Juego un poco ingenuo, que nos sitúa en el ámbito de las preocupaciones intelectuales de la llamada posteriormente Academia Palatina. En muchas cartas de Alcuino se resuelven preguntas planteadas en aquel pequeño círculo; intenta en una de ellas explicar a Carlomagno-David las diferencias existentes entre las palabras **aeternum** y **sempiternum**, **perpetuum** e **inmortale**. En aquellas cartas también se formulaban preguntas sobre astronomía: ¿Por qué Marte no se vio durante un año? ¿Por qué la luna apareció más pequeña el 18 de marzo del 799?⁽²⁶⁾.

La "Escuela del Palacio" o Academia Palatina no era una institución organizada sistemáticamente sino variable según las estaciones. Carlomagno, su familia y los jóvenes nobles que servían en el palacio, asistían a los cursos y a los diálogos organizados por los maestros. La fábula construida a posteriori por un monje de Saint-Gall, mostraba a Carlomagno inspeccionando la escuela, colocando a su derecha los alumnos estudiosos —todos de origen modesto— y a su izquierda los perezosos —de noble nacimiento—. Esta es una de las mistificaciones hechas a posteriori de Carlomagno educador⁽²⁷⁾.

Por consejo de Alcuino, Carlomagno ordenó "una cuidadosa corrección de los textos católi-

cos". Alcuino mismo se encargó de la tarea y entre el 797 y el 800 u 801, sin las armas filológicas de un San Jerónimo⁽²⁸⁾, Alcuino, utilizando diversos manuscritos y comentarios de los Padres de la Iglesia, logró un texto unificado que se acerca al de San Jerónimo. Por iniciativa propia, Teodulfo realizó un trabajo paralelo que muestra "un espíritu más abierto, más pronto a dudar que el de Alcuino... Teodulfo logró un resultado más cercano al espíritu hebreo primitivo. No elimina como Alcuino las variantes descartadas, sino que las anota cuidadosamente, y las organiza de alguna manera. Esto, bastante conforme con los cuidados de los eruditos modernos, no era lo que deseaba Carlomagno, ni respondía a las necesidades de la época; la obra de Teodulfo no tuvo éxito"⁽²⁹⁾.

No es fácil saber cuál fue el efecto real de los proyectos educativos de Alcuino y Carlomagno, pero todo parece indicar que se reflejó casi exclusivamente en las escuelas catedralicias y en las monásticas; no tuvo mucho alcance entre la aristocracia laica y menos aún, como sigue insistiendo la "historia patria" francesa, entre el pueblo, aunque ciertamente Teodulfo recomendaba la creación de escuelas elementales en el campo, en su diócesis de Orleáns. Recomendaba mantener una escuela y enseñar en ella las primeras letras a los niños sin exigir salario. Los niños más capaces deberían ser enviados a la catedral de Orleáns o a los monasterios de la diócesis. Se trata de casos excepcionales y no debe olvidarse la exclusión del campesinado en relación a la cultura; aún en la época carolingia. La presencia en los monasterios de una **schola** exterior, colocada fuera del claustro —donde estaba la **schola claustrii**—, debe ser interpretada como una tentativa de educación del clero secular y quizás de la aristocracia terrateniente, que tampoco tuvo mucho éxito ni mucha extensión. Una carta a Carlomagno de Leidrade, arzobispo de Lyon, es una muestra clave del florecimiento de las escuelas catedralicias: "Tengo ahora escuelas de cantores y muchos de ellos son actualmente tan

22. Etienne Gilson, Op. Cit., p. 190.

23. Philippe Wolff, Op. Cit., p. 32.

24. Georges Duby, *Los Tres Ordenes o lo imaginario del Feudalismo*, Ed. Argot, Madrid, 1983, p. 37.

25. Cf. Philippe Wolff, Op. Cit. pp. 30-31.

26. Ibid., p. 34.

27. Ibid., p. 35.

28. Entre el 382 y el 405 San Jerónimo tradujo del griego y del hebreo el Antiguo y Nuevo Testamento, la Vulgata. Dadas las condiciones de la época no tenía carácter canónico y además entraba en competencia con otras versiones; en occidente, las grandes invasiones y el hundimiento del Imperio generaron una verdadera anarquía en los textos sagrados.

29. Philippe Wolff, Op. Cit., p. 56.

21. Cf. Philippe Wolff, Op. Cit., pp. 29-30.

sabios, que podrían volverse maestros. Tengo también escuelas de lectores, donde se los ejercita no solamente en la lectura correcta de las 'lecciones' del oficio, sino donde se los esfuerza, mediante el estudio de los libros Santos, para que alcancen la inteligencia del sentido espiritual. Muchos de mis alumnos son ya capaces de encontrar el sentido exacto del evangelio... Lo necesario se ha hecho igualmente en lo relacionado con la transcripción de libros" (30).

Los padres de la Iglesia no tuvieron una posición homogénea sobre la música; mientras que unos sostenían que era una práctica pagana que debía ser rechazada, otros aceptaban la música vocal. En oriente se admitió el canto y siguiendo su ejemplo, el occidente latino incorporó a la liturgia salmos, aleluyas e himnos desde el siglo IV, renunciando a la música instrumental. Nacieron así el Canto Ambrosiano en Milán, el Canto Galicano en tierras francas y el Canto Mozárabe en España. Los cristianos adoptaron los ocho tonos diatónicos de la Grecia antigua, renunciando, sin embargo, a los modos cromáticos.

Boecio en su *De Institutione Musica*, recogerá y transmitirá a Occidente la concepción pitagórica de los tres tipos de música: cósmica, humana e instrumental que se convertirá en la fuente principal de la teoría musical medieval.

San Benito de Nursia prescribió el canto de un himno para cada hora del oficio divino; esto permitió la conservación de muchos himnos ambrosianos, aún después de la reforma gregoriana, como lo atestiguan las noticias transmitidas por Rabano Mauro.

Gregorio el Grande fue el Papa del 590 al 604, se dedicó, entre otras reformas fundamentales de la Iglesia, a codificar el canto litúrgico del occidente cristiano, elaborando el antifonario que recogía los cantos necesarios a la liturgia. Los monjes fueron los encargados de difundir la reforma, que encontró la resistencia de las tradiciones arriba mencionadas, en especial la del prestigioso y elaborado canto ambrosiano. Sólo se impuso completamente en los países anglo-sajones, que por estar en proceso de evangelización no tenían una tradición musical propia.

La *Schola Cantorum* establecida por San Gregorio en Roma, realizó la compilación de las

fuentes musicales occidentales y la síntesis que denominamos **Canto Gregoriano**, la cual utiliza la voz solista y el canto antifónico, es decir, de coros alternados. Está compuesto de dos tipos de liturgia: los cantos de la **Misa** contenidos en el **gradual** y los cantos de las **Horas** contenidos en el **antifonario**, para uso de los monasterios. Inicialmente no había notación musical y ésta sólo apareció a fines del siglo VIII, en forma de **neumas**.

Carlomagno impuso el canto gregoriano como la forma oficial de la liturgia en el Imperio; esto hacía parte de su lucha por establecer una base unitaria cultural y política a su Imperio. Alcuino fue aquí también el hombre que organizaría la reforma, formando en la música gregoriana en Inglaterra, escribió un **Tratado de la Música**, donde analizó los ocho tonos o modos eclesiásticos y los clasificó en cuatro modos auténticos y cuatro oblicuos.

Hubo, como es obvio, resistencias por parte de la tradición galicana a la reforma de Alcuino. Pablo Diacono, otro de los asesores de Carlomagno, ha dejado un testimonio de esta lucha: "Su ligereza de carácter (de los francos) les hacía mezclar elementos personales a las melodías gregorianas... Su estatura de montañeses, sus voces profundas y tronantes, el salvajismo de sus gáznates de ebrios... hacen que en lugar de seducir el espíritu lo importunen y confundan... Nuestro Carlos, patricio rey de los Francos, estaba disgustado con las divergencias del canto galo y el canto romano. El descaro galo pretendía que el canto había sido corrompido por los añadidos ridículos de los Romanos, que defendían como auténtico su antifonario. ¿Quién tiene el agua más clara, preguntaba Carlos, el arroyo o la fuente? Nosotros hasta ahora hemos bebido del arroyo, remontémonos pues hasta la fuente inicial y eterna" (31). El canto gregoriano se consolidó en occidente a partir de Carlomagno y la orden benedictina, en especial su rama cluniacense, lo llevó por toda Europa. En el ocaso del Imperio Carolingio, un monje de Saint-Amand, Hucbaldo, en su *De Institutione harmonica* trató de coordinar los modos griegos y los modos usados en las iglesias; pero es importante sobre todo por sus an-

31. Henri Jarrié, *Dictionnaire de la Musique Médiévale du IV^e au XIII^e siècle*, Harmonia Mundi, París, 1970, p. 3. Esta obra fue la base para la elaboración de estas notas.

taciones sobre el nacimiento de la polifonía que es el **organum** primitivo (32). Un contemporáneo suyo, Ogier de Laón, en su *Musica Eurichiadis* también expone el **organum**. A finales del siglo IX en Fleury y en Chartres nace el **Discantus** en el sentido polifónico de la palabra (33). Se estaba realizando el paso de la monodía a la polifonía.

En las escuelas solamente la gramática se estudiaba a fondo. Alcuino la definía en los siguientes términos: "La gramática es la ciencia de las letras y el guardián de la corrección en el discurso y la escritura, ella descansa sobre la naturaleza, la razón, la autoridad y la costumbre" (34). "Las cuestiones de gramática y de escritura asuman al punto, por eso mismo, la significación de un apostolado. Pureza de dogma y pureza de la lengua iban a la par" (35). La gramática se estudiaba inicialmente en el **Ars minor** de Donato y en las compilaciones de Beda y de Alcuino; más adelante los estudiantes más avanzados enfrentaban el **Ars maior** del citado Donato y el tratado de Prisciano. Las otras dos disciplinas del **Trivium**, la retórica y la dialéctica eran abordadas muy superficialmente. En general, el estudio del **Quadrivium** era muy mediocre y hasta se lo excluía, excepción hecha de las nociones de cómputo. Cuando más se utilizaban indicaciones elementales sacadas de las *Etimologías de Isidoro de Sevilla* (36).

La retórica latina estaba dividida en cinco partes: **inventio**, **dispositio**, **memoria**, **elocutio**, **pronuntiatio**. La memoria era de dos clases: la memoria natural es aquella que nace simultáneamente con el pensamiento; la artificial es la memoria fortalecida y consolidada por ejercicios específicos: los lugares y las imágenes.

En la educación de la alta Edad Media la memorización tenía un papel dominante, como consecuencia de la pobreza del pensamiento lógico y matemático. En la Escuela del Palacio eran frecuentes los poemas nemotécnicos; en un diálogo escrito por Alcuino para Carlomagno, *Sobre la Retórica y las Virtudes*, aparece este tema:

32. Adolfo Salazar, *Conceptos Fundamentales en la Historia de la música*, Revista de Occidente, Madrid, 1965, p. 114.

33. Ibid.

34. Philippe Wolff. Op. Cit. p. 50.

35. Henri Pirenne, Op. Cit., p. 224.

36. Cf. Philippe Wolff, Op. Cit. pp. 50-51.

"**Carlomagno**: ¿Qué has ahora de decime sobre la Memoria que supongo es la más noble parte de la retórica?

Alcuino: Qué verdad he de decir sino repetir las palabras de Marcus Tullius, que 'la Memoria es el tesoro de todas las cosas y si no se la hace custodia de las cosas y palabras ideadas, sabemos que todas las otras partes del orador, por más distinguidas que sean, se vuelven nada'.

Carlomagno: ¿No hay otros preceptos que nos digan cómo puede ser obtenida o incrementada?

Alcuino: Sobre ella no tenemos más preceptos que ejercicio en memorizar, práctica en escribir, aplicación al estudio, y la evitación de la embriaguez, que es la mayor afrenta que se le puede hacer a todos los buenos estudios..." (37).

Frances A. Yates señala cómo en esta época la tradición de la memoria artificial ha desaparecido. Alcuino se basaba para su retórica en *De Inventione* de Cicerón, la retórica de Julio Víctor y elementos tomados de Casiodoro y San Isidoro de Sevilla; no conocía los textos fundamentales sobre el arte de la memoria legados por la antigüedad latina: *De Oratore* de Cicerón, *Institutio Oratoria* de Quintiliano y el anónimo *Ad Herennium*, atribuido erróneamente durante toda la Edad Media a Cicerón (el gran maestro de la filología humanista del siglo XV, Lorenzo Valla, demostró la falsedad de dicha atribución). El desconocimiento de Alcuino del texto *Ad Herennium* es extraño pues Loup de Ferrieres lo menciona en el 830 y existen varios manuscritos incompletos del siglo IX (38). En *Las Bodas de la Filología y Mercurio* de Marciano Capella, Alcuino pudo encontrarse con temas familiares al arte de la memoria, pero expuestos en forma sumaria. Por esto Carlomagno tuvo que contentarse con las formas tradicionales, pues el interés por el arte de la memoria había desaparecido con el imperio romano; Casiodoro, Isidoro de Sevilla y Beda el Venerable no mencionan nunca el **Ars Memorativa**; el interés por la memoria artificial reaparecerá a partir del siglo XII.

37. Frances A. Yates *El Arte de la Memoria*, Ed. Taurus, Madrid, 1974, pp. 72-73.

38. Cf. Ibid.

Boecio en su tratado sobre aritmética había dicho que ésta es un arte que no necesita de ninguna otra y observó que es la base de las demás artes del **Quadrivium**. Marciano Capella y Casiodoro habían mantenido la aritmética entre las artes liberales. San Agustín admitió la aritmética entre las ciencias que podían ser útiles para la interpretación de las Sagradas Escrituras. Sin embargo en la tradición latina las matemáticas habían perdido prestigio; en Roma había predominado la Retórica al servicio de los oradores, es decir, al servicio de la actividad central del hombre libre, del ciudadano. Cicerón en **De Officiis** declaró las artes matemáticas de la astrología y la geometría como ejemplo de estudio vicioso que priva a los hombres del seguimiento de la filosofía moral. En el mundo romano las matemáticas siguieron siendo asunto de griegos y escritas en griego. En este contexto Boecio fue un caso excepcional. Si la aritmética no desapareció totalmente fue como consecuencia de algunas sugerencias debidas al cristianismo: Las Sagradas Escrituras planteaban una utilización alegórica de los números, de lo cual es un ejemplo El Apocalipsis; pero el impulso fundamental partió de que el cristianismo fuera una religión histórica. Marc Bloch lo plantea así: "Al deísta puro le basta una iluminación interior para creer en Dios. No para creer en el Dios de los cristianos. Porque el cristianismo, como he recordado ya, es una religión histórica: entiéndase bien, una religión cuyos dogmas primordiales descansan sobre acontecimientos. Volved a leer nuestro **Credo**: 'Creo en Jesucristo... que fue crucificado bajo Poncio Pilatos... y al tercer día resucitó de entre los muertos. Ahí los comienzos de la fe son también sus fundamentos'" (39).

El interés por la matemática se concentró en lo relacionado con el calendario cristiano, en particular en el establecimiento del aniversario de la resurrección de Cristo, hasta el punto que la palabra **computus**, calcular, quedó limitada desde el siglo V hasta el siglo X al arte de calcular el calendario o más precisamente, la pascua de resurrección (40). La inmensa ignorancia matemática en la Europa Occidental comenzó a subsanarse con la llegada de dos refugiados de la invasión musulma-

na, el sirio Teodoro y el africano Adriano, en el 669 ó 670. Ellos habían estado en relación con el saber helenístico conservado en Alejandría. La semilla dio frutos y el prestigioso Beda en sus libros de cronología asentaba las bases matemáticas inglesas; se lo llamaba el "computador Beda" o "**computator mirabilis**". Beda murió en el 736. Y según uno de sus discípulos, ya en el 740, en la escuela del Arzobispo de York se enseñaban "las diferentes clases de números y distintas figuras numéricas, y cómo calcular el ciclo de la pascua de resurrección" (41).

Pero la matemática decayó rápidamente en Inglaterra y pasó el Canal de la Mancha con Alcuino. Eginardo en su **Vida de Carlomagno**, con su típico estilo apologético dice que Alcuino era "... un sabio universal, bajo cuya dirección el rey consagró una enorme cantidad de tiempo y de trabajo en aprender la retórica y la dialéctica, pero sobre todo la astronomía. Aprendió el arte del cálculo y, en su investigación de la sabiduría, escudriñó profundamente en los secretos de las estrellas" (42). En una carta de Alcuino citada por Murray se habla de un coloquio con Carlomagno sobre las propiedades simbólicas del número 17. Rabano Mauro escribió un **De Computo** dependiente completamente de los textos de Beda. En una palabra, la matemática no avanzó a pesar de que en la capitular de Carlomagno sobre la educación de 789 se ordenó el estudio del **computus** en las escuelas catedralicias y en las monásticas. Pero en realidad sólo se enseñaba el **computus** menor que consistía en un galimatías de reglas memorizadas para el uso práctico inmediato. Por otra parte, la matemática seguía teniendo enemigos entre las autoridades eclesiásticas, a pesar de su uso alegórico y su importancia para el cómputo eclesiástico. Acaso Dios no había castigado a David, el modelo de Carlomagno, por haber contado a sus súbditos (Samuel 2-24); aunque en **Los Números** hubiera ordenado a Moisés que los contara. Los reformadores benedictinos de la época de Carlomagno estuvieron frecuentemente entre los enemigos del cómputo. Las bibliotecas carolingias son pobres en libros de aritmética: la biblioteca monástica de Saint-Riquier, en Picardía, en el 831, poseía 26 volúmenes de gramática, uno de medicina y ninguno de aritmética o materias afi-

39. Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, Ed. F. C. E., México, 1952, p. 28.

40. Cf. Alexander Murray, *Razón y Sociedad en la Edad Media*, Ed. Taurus, Madrid 1982, p. 165.

41. Ibid., p. 170.

42. Ibid., p. 171.

nes (43). Otro efecto negativo de la adhesión del imperio carolingio a la tradición latina fue el abandono del sistema sirio-egipcio de cronología que había penetrado en el siglo VI en tierras lumbardas y francas; este sistema contaba los días del mes de uno a treinta y uno y reemplazó el sistema romano que enumeraba a partir de tres puntos dentro del mes: calendas, nonas, idus. El imperio carolingio volvió al sistema romano, numéricamente más primitivo (44).

Para agravar más la situación, la aritmética dependía del engorroso sistema numérico romano, del cual dice el historiador de las matemáticas E. T. Bell, que se los puede llamar creación matemática sólo por caridad benévola (45). En un texto falsamente atribuido a Alcuino, pero que en todo caso es del siglo IX, titulado **Proposiciones para hacer más inteligentes a los jóvenes**, se pueden ver las dificultades a que se enfrentaba el calculista que usaba las nuevas normas. También existía un simbolismo numérico basado en los dedos y en las manos. En teoría este simbolismo alcanzó el millón, pero según Murray "los comentaristas experimentados se lamentaban no obstante de que los números más altos (por encima del 9.000) exigían gesticulaciones de bailarines". El sistema no tenía realmente una ventaja decisiva sobre los números romanos como ayuda para el cálculo. Los calculistas también se valían de una tabla de multiplicar para productos hasta 50.000 y por debajo de las fracciones romanas más pequeñas; se trataba del **Calculus de Victorius**. En los manuscritos del **Calculus** aparecen frecuentemente inexactitudes (46). La numeración hindú-árabe se conoció en España hacia el año 1.000 y se difundió en Europa Occidental lentamente; inicialmente fue usada por los mercaderes y banqueros italianos; sólo en el siglo XV comenzó a generalizarse y la imprenta aseguró su difusión definitiva.

El occidente latino había perdido el contacto con la ciencia alejandrina, la de Aristarco de Samos, Hiparco y Tolomeo Tolomei, el pensador tardío que había elaborado la astronomía antigua desde el punto de vista geocentrista. Los cristia-

nos dependían pues de las noticias que sobre el tema se encontraban en Plinio, San Agustín, Boecio, Casiodoro e Isidoro de Sevilla. Este último en sus **Etimologías** dice que según los filósofos el "cielo es una esfera que rota alrededor de un eje, que tiene la tierra en su centro... reconoce la existencia de tres partes del orbe terráqueo: Asia, Europa y Africa" (47). Según A. C. Crombie, Isidoro de Sevilla creía que la tierra tiene forma de rueda y está rodeada por los océanos. En otro texto titulado **De Rerum Natura** anota cómo más arriba del firmamento se encontraban las aguas superiores que separan la creación corpórea de la espiritual. Isidoro también habla de los siete cielos para los siete planetas y la esfera de las estrellas fijas. Es "una extraña mezcla de verdad y error", como afirma Dreyer. San Agustín se había opuesto a la negación del libre albedrío que implicaba la creencia antigua en la astrología; sin embargo Isidoro de Sevilla "admitía la existencia de fuerzas mágicas en la naturaleza, y aunque distinguía entre la parte de la astrología que era natural, orientada hacia el estudio de los cuerpos celestes, y la parte supersticiosa que se dedicaba a los horóscopos, admitía, sin embargo, que los cuerpos celestes ejercían un influjo astrológico sobre el cuerpo humano y aconsejaba a los médicos estudiar la influencia de la luna sobre la vida animal y vegetal" (48).

La astronomía llegó al mundo carolingio, como la matemática, a través del Canal de la Mancha, con Alcuino y demás asesores anglosajones. Fundamental fue la recepción de la obra de Beda el Venerable, **De natura rerum**, allí habla de las estrellas, la tierra y sus divisiones, truenos terremotos, etc. Según Dreyer, "los temas de Plinio son copiados casi palabra por palabra" (49). Incluye pues un error de Plinio, quien no había comprendido bien a Eudoxio y afirmaba que la luna es más grande que la tierra. Plantea Beda las ideas cosmológicas del mundo antiguo: la forma esférica de la tierra, el orden de los siete planetas que giran alrededor de ella, siendo el sol más grande que la tierra, y la esfera de las estrellas fijas. Pero el agua

43. Ibid.

44. Ibid., p. 175.

45. E. T. Bell, *Historia de las Matemáticas*, Ed. F. C. E., México, 1949, p. 95.

46. Alexander Murray, Op. Cit., p. 177.

47. J. L. E. Dreyer, *A History of Astronomy from Thales to Kepler*, Dover Publications, New York, 1953, p. 220. Traducción de María Cecilia Gómez.

48. A. C. Crombie, *Historia de la ciencia: de San Agustín a Galileo*, Tomo I, Alianza Editorial, Madrid, 1974, p. 30.

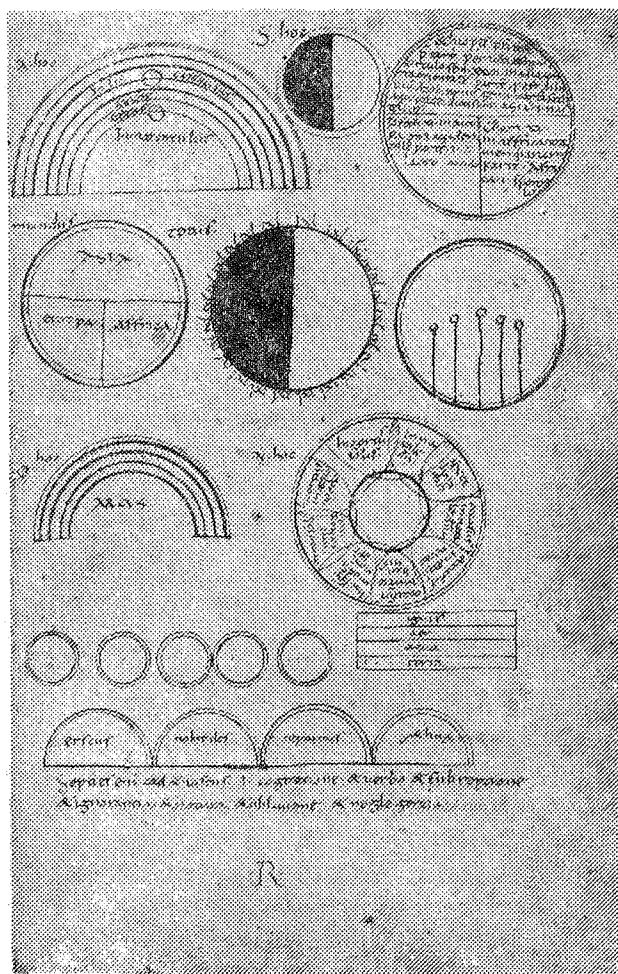
49. J. L. E. Dreyer, Op. Cit., p. 223.

superior también aparece en Beda, tenía una larga tradición y estaba reforzada por el texto del **Génesis**: "E hizo Dios la expansión, y apartó las aguas que estaban debajo de la expansión, de las aguas que estaban sobre la expansión..."⁽⁵⁰⁾. En otro libro, **De Tempurum Ratione** Beda "muestra un conocimiento bastante aceptable del movimiento anual del sol y los otros principales fenómenos celestes... No acepta que pueda darse crédito a las palabras acerca de los habitantes de las antípodas, dado que nunca se ha oído y leído acerca de alguien que haya cruzado la zona tórrida y haya encontrado seres humanos que habiten más allá"⁽⁵¹⁾. Es bueno recordar que un contemporáneo de Beda, el monje irlandés Fergil, llamado Virgilio de Salzburgo, sostuvo que existían las antípodas y que eran habitadas. Era peligroso postular la existencia de hombres en una parte inaccesible de la esfera terráquea pues significaba plantear la existencia de hombres que no descendían de Adán y que no habían sido redimidos por la sangre de Cristo. Por esto Virgilio estuvo a punto de ser excomulgado por el obispo de Salzburgo.

En la Academia Palatina se discutía de astronomía a un nivel que no rebasaba, en el mejor de los casos, el saber de Beda y sin embargo parece que aún entre los más cultos el conocimiento astronómico era muy confuso. Dreyer muestra cómo Rabano Mauro, a pesar de su preparación intelectual, tenía ideas confusas: escasamente afirma que la tierra está situada en el centro del mundo; la tierra inhabitable es la llamada orbis "debido a la redondez del círculo, ya que se asemeja a una rueda; pero Rabano Mauro considera necesario pensarla como un cuadrado, puesto que las Sagradas Escrituras hablan de las cuatro esquinas, aunque reconoce que son un problema pues el horizonte es circular. El cree que acudiendo a Euclides se puede salvar la situación pues se trataría de un cuadrado inscrito en un círculo; finalmente incluye una concepción de origen patristico bastante atrasada, como es la de que el

50. *La Santa Biblia. Antiguo y Nuevo Testamento*. Antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602) y cotejada posteriormente con diversas traducciones y con los textos hebreo y griego. Ed. Por Sociedades Bíblicas Unidas, 1959, 1-7, p. 1.

51. J. L. E. Dreyer, Op. Cit., p. 224.



cielo tiene dos puertas, este y oeste, a través de las cuales pasa el sol⁽⁵²⁾.

Había que esperar, lo mismo que en Aritmética, a que a fines del siglo X, Gerberto, volviera de Cataluña, donde había entrado en relación con la ciencia grecoárabe, para que se establecieran bases para una comprensión clara del legado antiguo. Sólo en el siglo XII con la traducción del griego al latín del **Almagesto** de Tolomeo por un traductor anónimo en Sicilia, circa 1160 y la traducción del árabe al latín de Gerardo de Cremona en Toledo en 1175, los pensadores de la Europa Occidental pudieron recuperar el saber griego de tipo geocentrista, en la medida, claro está, que estas traducciones coincidieron con la recuperación del saber geométrico y aritmético de griegos y árabes, precondition para poder leer a Tolomeo.

52. Ibid., p. 226.

* * *

Los copistas del Renacimiento carolingio hicieron una gran labor conservando documentos clásicos. Los dos más antiguos manuscritos de la **Guerra de las Galias** de Julio César datan del siglo IX y uno de ellos fue copiado en la abadía de Corbie. El único manuscrito de los cinco primeros libros de la **Quinta Década de la Historia Romana** de Tito Livio era del siglo V, pero se conservó en la abadía de Lorsch y allí lo encontró el humanista Symon Grynaeus en 1527. En Saint-Denis y en Saint-Gall se guardaron antiguos manuscritos de Virgilio y en el monasterio de Saint Bertin se conservaron manuscritos de la obra de Lucrecio copiados en el siglo IX. Los seis primeros libros de los **Annales** de Tácito fueron copiados en Fulda en el siglo IX, y encontrados en Corvey a finales del siglo XV; también allí encontraron un manuscrito de Suetonio. Los textos modernos de **La Germania** de Tácito se basan en un manuscrito del siglo IX o X, actualmente desaparecido y que un monje de Hersfeld proponía en venta al humanista Poggio en 1425⁽⁵³⁾. Alcuino y sus compañeros leían los escritores latinos no sin remordimientos cristianos: estos tesoros de la sabiduría antigua son tan venerables porque conducen a una mejor comprensión de las Escrituras. En una carta de Alcuino a Carlomagno deja entrever la concepción de esta élite intelectual sobre el valor asignado a la cultura antigua: "Si muchos se compenetraran con vuestra intención, una nueva Atenas se formaría en Francia, qué digo, una Atenas más bella que la antigua porque ennoblecida por las enseñanzas de Cristo, la nuestra superaría toda la sabiduría de la Academia. La antigua no tenía para instruirse sino las disciplinas de Platón; formada por las siete artes liberales, ella no ha dejado de resplandecer; la nuestra estaría dotada además de la plenitud septiforme del Espíritu y superaría toda la dignidad secular"⁽⁵⁴⁾. La tendencia fundamental del pensamiento medieval estaba orientada hacia la trascendencia: "El horizonte no es otro que el ENS CREATUM: Las cosas son creaturas, entes creados por Dios, huellas, vestigios, símbolos de Dios creador. Ya las cosas no son manifestaciones de la **physis**. Son manifestaciones de Dios. El problema no es la relación Ser-Devenir, Ser-Aparecer, Ser-Pensar, tipología problemática de la **physis**, sino la rela-

53. Cf. Philippe Wolff, p. 58.

54. Ibid., p. 59.

lación Dios-Creatura, Creador-Creado, Ser-Nada: si las cosas son creadas, podrían no haber existido. Si se crearon es porque están tocadas de radical nihilidad"⁽⁵⁵⁾.

Pero la Atenas cristiana de Alcuino no era sino un sueño retórico, pues lo característico del renacimiento carolingio fue la continuación del interés por la cultura latina, muy empobrecida por el corte con la herencia griega; este corte fue un proceso largo y complejo que se fue desarrollando desde finales del imperio romano cristiano y que se agravó progresivamente por los conflictos religiosos entre oriente y occidente, entre Constantinopla y Roma y que finalmente se agudizó con el advenimiento del reinado de Carlomagno.

Alcuino y sus amigos no sabían griego. Cuando Alcuino trataba de explicar algunas palabras griegas "no hacía otra cosa que copiar explicaciones ya dadas por San Jerónimo o por los gramáticos... Loup de Ferrieres le confesaba a Eginardo a propósito de los términos utilizados por Boecio: 'no sé si entiendo bien qué sentido propio tienen esas palabras'"⁽⁵⁶⁾. En el occidente del siglo IX existían dos fuentes del griego; en Italia monjes bizantinos que huían de las conquistas árabes o de las luchas religiosas y monjes venidos de Irlanda, pero eran escasas y de corta influencia, pues en el mundo cristiano que se enfilaba al lado del Papa romano, la agresividad contra lo "griego" era creciente. Además, de poco hubiera servido el conocimiento del griego, pues las bases del saber filosófico eran bastantes primitivas. Alcuino en su obra filosófica **De la Naturaleza del Alma** muestra fallas sorprendentes: se limita a agrupar una serie de ideas sacadas de San Agustín y las presenta sin captar su alcance filosófico. Sus comentarios al difícil evangelio según San Juan, siguen estrictamente a San Agustín, complementados por extractos sacados de Beda y Gregorio Magno, autores más simples que el genial obispo de Hipona. Sin embargo, la verdadera grandeza de Alcuino radica más en su persona y en su obra civilizadora que en sus libros. El espíritu de sus maestros de York sobrevive en él y anima toda su obra: en sus cartas y en algunos pasajes de sus tratados se expresa su admi-

55. Gonzalo Soto, *Santo Tomás de Aquino y el arte como Belleza* en Revista de Extensión Cultural, Universidad Nacional de Colombia, Sede de Medellín, N° 23, Medellín, p. 64.

56. Philippe Wolff, Op. Cit., p. 75.

ración profunda por la cultura antigua y su voluntad de mantenerla. En una de sus primeras cartas a Carlomagno, decía: "Al comienzo de mis días sembré en Gran Bretaña; ahora, en el atardecer de mi vida, cuando mi sangre se hiela, continúo sembrando en Francia, y pido con todo mi corazón, por la gracia de Dios, que el grano brote en los dos países. En cuanto a mí, me consuelo pensando con San Jerónimo, que aunque todo pase, la sabiduría permanece y no cesa de aumentar" (57). El espíritu de Alcuino, es decir, el de Beda y el de Isidoro de Sevilla, se propagó en el continente en los siglos IX y X (58).

La importancia que para el Renacimiento carolingio tuvo la cultura latina ha sido fuente de fuertes críticas para historiadores católicos como Joseph Lortz, que en 1932 escribía: "Lo más peligroso de la actitud político-eclesiástica de Carlomagno fue el exagerado giro hacia la cultura que dio a la vida eclesiástica... Resultó así un cierto encubrimiento de las tareas auténticamente eclesiásticas, pues la Iglesia fue considerada como una institución cultural y empleada sobre todo en promover la ciencia, el arte y la economía. Con ello pasaron a segundo plano las tareas puramente religiosas" (Schnurer). Es éste un primer síntoma peligroso, que preludia ya la funesta decadencia que habría de sobrevenir mucho más tarde" (59).

Para Erwin Panofsky la *renovatio* carolingia, es el primero de una serie de renacimientos que habrían de producirse en Europa antes del gran Renacimiento de los siglos XV y XVI. El nordeste de Francia y el oeste de Alemania formaron el núcleo del Imperio Carolingio y allí se produjo una confluencia de fuerzas que se tradujo en una síntesis nueva. La primera de esas fuerzas fue un intento deliberado de retomar la herencia de Ro-

ma. "Cuando Carlomagno se propuso reformar la administración política y eclesiástica, las comunicaciones y el calendario, el arte y la literatura, y, como base de todo ello, la escritura y la lengua..., su idea rectora era la *renovatio imperii romani*". (60).

El renacimiento carolingio tuvo sus límites. Fue un renacimiento que apuntó fundamentalmente a la formación del clero mientras la sociedad laica no tenía nada qué ver con el latín ni con la cultura clásica que esta lengua transmitía. "... la ciencia y la cultura intelectuales se enrarecen, al mismo tiempo que se afirman. El renacimiento carolingio coincide con el analfabetismo general de los laicos. Estos sabían aún leer y escribir bajo los merovingios; ya no saben bajo los carolingios" (61).

A pesar de todas sus debilidades, el renacimiento carolingio tuvo el gran mérito de ser un comienzo. Ante todo, renacimiento de los estudios, creación de un conjunto de talleres de copia, de bibliotecas y de escuelas. Este primer renacimiento fue el punto de partida de los otros posibles renacimientos, el despertar intelectual de Europa.

ILUSTRACION

Pág. 28. Manuscrito sobre cómputo. Mainz, 810-813. Representación de los orbes planetarios, del sol y un mapamundi en forma de T. (Cod. Pal. Lat. 1147, Fol. 11r).

Tomado de *Bibliotheca Palatina*, Edition Braus, Heidelberg, 1986.

60. Erwin Panofsky, *Renacimiento y Renacimientos en el Arte Occidental*, Alianza Editorial, Madrid, 1975, pp. 85-86.

61. Henri Pirenne, Op. Cit., p. 224.

aspectos electorales durante la federación y la regeneración en antioquia

Durante el período federal (1863-86), el Estado Soberano de Antioquia se mantuvo a contracorriente de la política nacional, pero junto con el Estado del Tolima, se constituyó en "una válvula de escape" del conservatismo en medio de una mayoría de Estados Soberanos liberales. Este aislacionismo táctico, como lo denomina Safford, tuvo que ver con las particularidades propias de su desarrollo económico, sus características demográficas, el nivel de movilidad social de sus gentes, sus procesos de colonización, el tipo de cohesión cultural basado en lealtades familiares y locales, en el papel de la Iglesia, en el predominio del partido conservador en la política regional y en los avances y modalidades que asumió el proceso educativo.

Después del triunfo del conservatismo en 1857 con la presidencia de Mariano Ospina Rodríguez, el Estado de Antioquia participó en la guerra de 1860-62 y al culminar sometido por las fuerzas de Mosquera, en 1863 votó mayoritariamente por Murillo Toro para la Presidencia de la República para el período 1864-66. Con ocasión de la rebelión conservadora y local, a comienzos de 1864 en Antioquia los conservadores asumieron el gobierno del Estado con la orientación de Pedro Justo Berrío, máximo representante de su partido en la región. La participación antioqueña en las votaciones nacionales para presidente, desde entonces, se hizo por conservadores prestigiosos en oposición a mosqueristas y radicales que dominaban la política nacional. En 1865 y 1867 Antioquia dio su voto por Pedro Justo Berrío, en contra de Tomás Cipriano de Mosquera y Santos Gutiérrez respectivamente. En 1869 el voto de Antioquia fue por Pedro A. Herrán, cuando el radical Eustorgio Salgar resultó electo presidente. En 1871 fue elegido Manuel Murillo Toro para su segunda presidencia, cuando los antioqueños votaron mayoritariamente por el ex-presidente conservador (1855-57) Manuel María Mallarino. Ante los inicios de división en el liberalismo, los conservadores de Antioquia respaldaron al mosquerista y más tarde independiente Julián Trujillo en

* Ponencia presentada en el VI Congreso de Historia de Colombia realizado en Ibagué (Tolima), noviembre de 1987.

** Los autores son profesores de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional, Seccional de Medellín.

luis javier ortiz mesa
luis javier
villegas botero

57. Etienne Gilson, Op. Cit., p. 195.

58. Emile Bréhier, Op. Cit., p. 48.

59. Joseph Lortz, *Historia de la Iglesia*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1962, p. 218.